## #UNALUCRECIA





· Edición: Carolina Kenigstein y Florencia Cardoso

· Colaboración editorial: Natalia Yanina Vázquez

· Coordinación de diseño: Marianela Acuña · Diseño de portada: Carlos Bongiovanni

· Diseño de interior: Olifant · Valeria Miguel Villar

### © 2017 Mariela Giménez

©2017 Tinta Ilustre Ediciones (primera edición)

©2020 VR Editoras (edición adaptada y corregida)

### www.vreditoras.com

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

#### -ARGENTINA-

Florida 833, piso 2, of. 203 (C1005AAQ) Buenos Aires Tel.: (54-11) 5352-9444 e-mail: editorial@vreditoras.com

## -MÉXICO-

Dakota 274, Colonia Nápoles, C.P. 03810, Del. Benito Iuárez, Ciudad de México Tel.: (52-55) 5220-6620 / 01800-543-4995 e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

### ISBN: 978-987-747-648-4

Impreso en Argentina por xxxxxx • Printed in Argentina XXXXXX de 2020

#### Giménez, Mariela

#UnaLucrecia / Mariela Giménez; adaptado por Mariela Giménez.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2020.

688 p.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-747-648-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Románticas. I. Giménez, Mariela, adap. II. Título.

CDD A863

# #UNALUCRECIA

Mariela Gimenez



A "Lucrecia". Esta novela, todo lo que fue, todo lo que es y lo que será, está dedicado a ti.

> Donde quiera que estés, donde quiera que esté, te llevo siempre en el corazón.

## **PRÓLOGO**

#UnaLucrecia es la historia de muchas Lucrecias. Una ficción que surge de la cruel realidad en la que están sumergidas millones de mujeres. Prisioneras, víctimas, cuyos pedidos de ayuda se ahogan en sus gargantas o mueren en sus ojos al clamar nuestra atención con gestos imperceptibles, amordazados por el miedo, portadores silenciosos de gritos desesperados.

Personas con la libertad cercenada, con marcas que, aunque visibles y perfectamente identificables, ignoramos mirando hacia otro lado, al costado cómodo donde la supremacía la tiene el "no te metas".

#UnaLucrecia es la muestra fehaciente de la justicia "injusta". De una cultura retrógrada que ampara la aberración y justifica, con incoherencias, uno de los actos más viles y denigrantes que comete el ser humano: el ejercicio de la violencia en todos sus aspectos, tanto físico como psicológico, apagando poco a poco la voluntad, anunciando con cada golpe la sentencia de muerte.

#UnaLucrecia es la voz de todas las que yacen bajo tierra; de la súplica contra reloj de quienes están en peligro de terminar junto a ellas.

#UnaLucrecia es una luz de esperanza hacia el sentido de solidaridad y compromiso con el prójimo. Un despertador que suena en cada párrafo, en cada situación relatada desde el corazón sensible de su autora, para que salgamos de nuestro letargo y exijamos un cambio en el ámbito judicial, social y, sobre todo, en nosotros mismos. Uno que garantice y defienda lo más preciado que tenemos... la vida.



## PRIMERA PARTE



## CAPÍTULO 1

## EN HONOR A PERRAULT

SÁBADO, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2006.
CIUDAD DE BUENOS AIRES.

Desperté de un pesado sueño al oír el molesto sonido sobre mi cabeza. Un picoteo incesante que ya identificaba a la perfección: palomas y gorriones interrumpían mi sueño al recolectar pequeñas hojas y pelos de gato entre las hendiduras del techo de chapa, con el propósito de improvisar sus nidos que albergarían los pichones de otras palomas y otros gorriones que, probablemente, interrumpirían mi sueño eternamente. ¡Debería salir a espantarlos a los gritos! Aunque solo fuera para desahogarme. Pero en lugar de ceder a mi arrebato me estiré entre las sábanas y traté de quitarme el sueño de encima. No era tarea sencilla.

Incluso siendo tan temprano, el calor dentro de la habitación era agobiante. Suspirando, me incorporé sobre la cama y até mi cabello en una improvisada coleta, buscando el aire que supe nunca llegaría. El viejo ventilador de pie, apostado en la esquina del dormitorio, no era suficiente para refrescar el ambiente. Apoyé mis pies en el suelo y observé, a través de la traslúcida cortina que separaba la habitación

10

del resto de la casa, el enorme trasero de mi abuela, a quien cariñosamente llamaba "Nona", paseándose frente al horno de la cocina.

Era una casa pequeña. Diminuta, en realidad. Dentro de la habitación no había más que la cama que mi Nona y yo compartíamos y un robusto armario, *vintage* dirían algunos, que acompañaba a mis abuelos desde que emigraron de la provincia de Misiones a la prometedora Buenos Aires, en busca de una mejor calidad de vida. Nunca me atreví a preguntar si encontraron lo que buscaban, pero apuesto a que no fue lo que deseaban. Aun así, hicieron del humilde vecindario Villa Soldati, su hogar. Nuestro hogar.

- -¡Buenos días, Su Señoría! ¡Mantantero liru lá! -canturreó la Nona al verme entrar en la cocina. Era su particular forma de darme los buenos días.
  - -Hola, Nona -respondí, un tanto anestesiada por el sueño.
- -iAy, mi niña! ¿Qué haces despierta tan temprano? Hoy es sábado, no es día de escuela. Podrías haber dormido un poco más.
- -Puedes culpar a los pajarracos estos... -acusador, mi dedo índice apuntó hacia el techo.
- −¡Otra vez! Voy a hablar con Mario, nuestro vecino. Él los espanta esparciendo un líquido... o algo así. Creo que es un veneno.
- -No te preocupes, Nona. No podemos exterminar a todas las aves del vecindario -apliqué una dosis matutina de sentido común y así di el asunto por terminado. Era una batalla perdida de antemano-. ¿Tomamos unos mates? -le pedí después-. Me muero de ganas por unos amargos, pero a mí me salen horribles.
  - -¿Te salen horribles o no tienes ganas de prepararlos?
  - –Un poco y un poco –admití con una sonrisa.

En casa, tomar mate era un ritual diario, uno que practicábamos desde las primeras horas de la mañana. Los mates de mi Nona eran los mejores. Los tomábamos amargos, como mi bisabuela le había enseñado a cebarlos. A veces, la Nona hacía trampa... ponía apenas una cucharadita de azúcar antes de empezar a cebar, para que los primeros mates no resultaran tan fuertes. La yerba mate, las hojas y los tallos más tiernos procesados finamente se volcaban dentro del mate y luego se acomodaba la bombilla sobre un costado. Había que verter muy despacio el agua caliente, para lograr así una infusión verde y espumeante que definía el sabor de mis mañanas desde que tenía uso de razón. El secreto, decía mi Nona, estaba en no dejar que el agua alcanzara el punto de hervor; si no, la yerba se ponía amarga y el mate se arruinaba.

Como cada mañana, nuestro ritual comenzaba con la Nona esperando por el característico silbido de la tetera. Mientras aguardaba, aprovechaba para contarme los últimos chismes del vecindario. A mí no me interesaba demasiado ponerme al día sobre esas cosas, pero tampoco me importaba fingir. Me encantaba el sonido de su voz.

Rosario Ayala, mi Nona, era la mujer más importante de mi vida. Yo tenía apenas cinco meses cuando mi mamá decidió marcharse. Entonces, mi abuela no dudó en armarse de coraje y hacerle frente a la vida, aun conmigo a cuestas. Cuando eso sucedió mi Nona era una mujer sola, que había enviudado recientemente, y que trabajaba cosiendo bolsillos a camisas durante doce horas diarias. Lo hacía todo por mí y yo lo hacía todo por ella.

Cuando cumplí los ocho años, le informé que pretendía dejar la escuela. Quería trabajar para ayudar con los gastos de la casa, como otros chicos de mi edad. Pero mi Nona no lo permitió. Su réplica fue tajante: "Debes estudiar, ese es tu trabajo. Estudia".

Y así lo hice.

Terminé la escuela primaria entre los mejores promedios de mi

clase y mis esfuerzos me valieron una beca en un colegio de Belgrano, un vecindario de gente acomodada que en nada se parecía al humilde Villa Soldati que yo conocía.

Mi abuela estaba exultante. Yo, en cambio, lo pasaba fatal.

Inocentemente, al iniciar en la nueva escuela, pensé que una pizca de encanto personal bastaría para conquistar a mis nuevos compañeros. ¡Qué equivocada estaba! Apenas puse un pie en el colegio, los "niños bien" me hicieron saber que no les caía en gracia que una "pobre" de Villa Soldati se paseara libremente por las instalaciones. Y peor aún, los chicos de mi propio vecindario me acusaban de aparentar ser alguien que no era.

Así, segregada por mis nuevos compañeros y rechazada por aquellos con los que había crecido, pasé todo aquel primer año en la nueva escuela llorando por los rincones, sopesando la posibilidad de bajar mis calificaciones para que anularan mi beca. Cuando junté coraje para decirle a mi Nona lo que sucedía, volvió a ser tajante: "No les des importancia, que se pudran. Estudia".

Y, por supuesto, así lo hice.

Estaba tan concentrada en superarme a mí misma, que comencé a parecer inmune a los constantes embates de mis compañeros, y hasta mis viejos amigos descubrieron que sus desprecios ya no me afectaban. Sorprendentemente, cuando dejé de llorar por los rincones, los "niños bien" comenzaron a acercarse. A mitad de segundo año, ya me invitaban a sus fiestas. Ellos me enseñaban a escuchar a Rihanna y a Coldplay, mientras yo los introducía en las aventuras poéticas de El Sarna y La Banda del Lechuga. Las chicas jugaban a hacerme la manicura, y yo les enseñaba a colorearse mechones de cabello con papel crepé. Era un intercambio cultural a toda regla. Aun viviendo dentro de la misma ciudad, habitábamos dos mundos diferentes.



Aprendimos a dejar nuestras diferencias a un lado y, apenas quedando unos meses para la graduación, podía decir que había hecho buenos amigos. Había atravesado barreras que creía infranqueables. Y todo se lo debía a la mujer que me había empujado a ir por más. Todo se lo debía a mi Nona.

Mientras la veía acomodar el termo con agua caliente y el mate sobre la mesa, noté cuánto se había agravado su artritis. Los huesos de sus manos, antes fuertes y habilidosas, parecían estar anudándose sobre sí mismos, tanto que hasta alzar el termo para cebar un mate le significaba un gran esfuerzo. Su andar se había ralentizado; su cuerpo estaba más corto, más ancho y más encorvado, todo a causa de las extenuantes horas de trabajo. Sus ojos, antes azules, estaban cada vez más grisáceos. Mi abuela parecía eterna, pero no lo era. Estaba envejeciendo. Y eso me asustaba.

-Mi niña, te ves pensativa. ¿Qué ronda por esa cabecita? -sorbió de la bombilla y una gota de saliva resbaló por el borde. Nunca me atrevería a decir en voz alta cuánto asco me daba eso.

-No es nada... -recibí el mate e hice a un lado mis pensamientos al posar los labios sobre la bombilla—. ¿Cuándo tienes la consulta con el cardiólogo? Quiero acompañarte... Así escucho las indicaciones del médico y te obligo a cumplirlas al pie de la letra.

-Ya estoy grande, mi niña. Ningún médico sabe mejor que yo lo que puedo o no puedo comer. Es mi cuerpo, lo conozco.

-iAjá! Entonces, te había indicado cambios en la dieta y no me lo habías dicho. ¿Lo ves? No se diga más. A la próxima consulta, voy contigo.

–¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Lo admito... Puede que haya comido alguna cosita de más. Desde mañana, prometo esforzarme –recibió el mate, en señal de rendición–. ¡Ah! Espera... sé cómo quitarte ese mal humor.



-¿Qué mal humor? -ofendida por el comentario, me apoyé en el respaldar de la silla y la seguí con la mirada.

Arrastró diez pesados pasos hasta la habitación y revolvió bolsitas dentro de su lado del armario. Todo lo guardaba en bolsitas, ¡y amaba la naftalina! Cuando regresó a la cocina, tenía esa sonrisa con hoyuelos que indicaba que algo tramaba.

- -Mira... dime qué te parece -dejó la bolsita sobre la mesa, frente a mí, y luego regresó a su silla.
  - –¿Qué es?
- -Descúbrelo por ti misma... -se cebó otro mate, tratando de ocultar su impaciencia.
- -¡Nona! -exclamé al ver el contenido-. ¡¿Qué significa esto?! -me puse de pie de un salto, emocionada, sosteniendo en mi mano tres prendas nuevas.
- -Le pedí a mi patrona que me diera unos vestiditos, para que te los probaras. Si alguno te gusta, es tuyo.
- −¡Pero, Nona! ¿Podemos hacer esto? −aunque me colmara el entusiasmo, tenía que tratar de ser sensata. El esfuerzo de mi abuela no podía irse en vestidos nuevos, por muy lindos que fueran.
- -iS1, claro que podemos! Se descontará de mi paga y ni siquiera notaremos el faltante. Además, ¿no tienes que ir al centro comercial con tus amigas? Es una buena ocasión para estrenar algo nuevo.
- −¡Es la mejor ocasión! Pero... no lo sé, Nona. ¿No es un gasto innecesario?
- –¿Para qué quiero el dinero si no puedo comprarle algo lindo a mi nieta? Además... déjame ver –tomó los tres vestidos y probó la tela con los dedos–. Siente... son de un muy lindo algodón. ¡Ni siquiera se nota que son de la feria de La Salada! Si hasta parecen de boutique, ¿no crees?

-¡Son preciosos! -con una sonrisa que amenazaba con partirme la cara en dos, apoyé una rodilla sobre la silla y alcé los vestidos para verlos con más detenimiento.

-¡Adelante!... Pruébatelos y te ayudaré a elegir.

Acortando los diez pasos a solo cinco saltos de emoción, abracé las prendas y me colé por la abertura de la cortina para entrar a la habitación. Me saqué la camiseta que usaba para dormir, una de River Plate, el equipo de fútbol del cual era fanática, y comencé a probarme los vestidos uno a uno. Afortunadamente, los tres eran de mi talla. ¡Era tan difícil decidirse!

−¡Ese! −aplaudió mi abuela, cuando salí a mostrar el elegido−. Te queda pintado, mi niña.

−¿Te parece?

Busqué el rincón donde estaba el espejo de cuerpo entero y evalué mi reflejo por un minuto. Solía pensar que el blanco no era mi color, pero, a decir verdad, no estaba nada mal. El vestido era de líneas simples pero se ajustaba a mis lánguidas curvas con delicadeza y le quedaba bien a mi piel morena. ¡Me gustaba! Con el blanco hasta mis ojos castaños parecían más luminosos. Alcé mi larga y oscura cabellera, improvisando un peinado, pero no me convenció... La prefería libre.

–¿Y?

-Me encanta... -admití, igual que si estuviera confesando un pecado, mientras me acomodaba el pelo detrás de las orejas-. ¡Muchas gracias, Nona! -sin contenerme, me abracé a su cuello y mastiqué sus mejillas a besos.

-Estoy feliz de que así sea. Te mereces esto y mucho más... ¡Te ves como una princesa!

Cuando mi Nona sonrió su sonrisa desprovista de dientes, le devolví el gesto con los ojos aguados.



16

-Me veo como una princesa, pero aquí solo hay una reina. Te quiero, Nona.

\* \* \*

El autobús tardó más de una hora en llegar a destino. Era un día precioso, soleado y caluroso, por lo que decidí caminar las últimas calles hasta el centro comercial. El plan era celebrar el inicio de la primavera con un paseo que incluyera hamburguesas y una película en el cine. Sostuve con fuerza el morralito que llevaba cruzado sobre el pecho, para evitar posibles hurtos, y caminé por la avenida Santa Fe sintiéndome como una princesa.

Una princesa...

Siempre me gustaron los cuentos de hadas, y por mucho que la vida se empeñara en mostrarme lo contrario, sabía que había un final feliz esperando por mí en algún lugar. Un lugar que, obviamente, no era mi Villa Soldati natal.

Jamás confesaría mis pensamientos en voz alta, a nadie, pero estaba más cómoda en el centro comercial Alto Palermo que en la feria de La Salada. Me sentía una persona horrible por pensar de esa forma, pero no podía mentirme a mí misma. Mis amigos de la infancia tenían razón, ansiaba ser una "niña bien" de Belgrano. Me encantaba que mis amigas me vieran como par, adoraba que las chicas de los cursos inferiores me admiraran, e incluso disfrutaba de la atención masculina que estaba comenzando a recibir. Ya podía imaginarme en mi próxima etapa, estudiando, creciendo profesionalmente. Con cada paso que daba, sentía que alzaba mi cabeza más y más por fuera de mi agujero.

-¡Por aquí! -escuché el inconfundible grito de Vicky, incluso por sobre el sonido del tráfico.



18

Su cabello rubio caía graciosamente justo por encima de sus hombros, enmarcando un rostro angelical. Era alta y curvilínea, la primera que se había atrevido a usar un sujetador de encaje. A su lado estaba Electra, la muchacha más llamativa de toda la clase. Usaba un grueso flequillo, cortado con precisión milimétrica, y su cabello era fucsia... ese mes. Solía cambiar su look con una frecuencia que mareaba.

- -¡Al fin llegas! -Vicky entrelazó su brazo con el mío y luego me estampó un beso en la mejilla. Electra, en cambio, era de las que saludaba a la distancia, con una especie de cabezazo que temía le causara un aneurisma con el tiempo.
  - -¡Llegué muy tarde? Quedamos a las once y media.
- -Son casi las doce -puntualizó Electra, señalando su reloj. Sus modos podían parecer hostiles y distantes para muchos pero no para mí. Había aprendido a aceptar sus particularidades.
  - -Perdón -me alcé de hombros.
- –Basta de tanta charla... Hay muchas tiendas por recorrer. ¿Por dónde empezamos? –Vicky siempre fingía que la decisión era democrática, pero era su capricho el que guiaba el recorrido. Prácticamente éramos arrastradas a su antojo por todo el centro comercial. A mí no me importaba, me gustaba pasar tiempo con ellas. Amaba escuchar las tonterías que brotaban de sus bocas, de nuestras bocas. Después de todo, no éramos más que un puñado de adolescentes disfrutando de un día cualquiera.

La película empezaba en unas horas, dándonos el tiempo suficiente para comer algo en McDonald's antes de entrar. Las chicas pidieron sus combos especiales y yo me atuve a mi habitual cuarto de libra con queso. Luego, nos arrojamos sobre la primera mesa que encontramos vacía. Los fines de semana, el centro comercial era un hervidero de gente.

-Chicas... -murmuró Electra, bajando la voz.

Inmediatamente Vicky y yo alzamos la cabeza, sorprendidas no tanto por su actitud sospechosa como por su intento de interactuar como una adolescente normal.

- -Hay un muchacho por allá atrás que no te saca los ojos de encima
  -anunció, sin expresión en el rostro.
- -i¿De verdad?! –Vicky dejó escapar una sonrisita antes de darse vuelta para ver.
- -No a ti... a la "villera" -puntualizó con su habitual acidez. "Villera" era el apodo que usaba para mí... En mi país era un insulto a toda regla, pues hacía alusión a mi lugar de origen con una connotación negativa y era despectivo, pero en boca de Electra, no era más que la puntualización de un hecho. Yo vivía en Villa Soldati, por tanto, era "villera". Ningún drama de por medio.
  - -Sigue mirando... -insistió Electra.
- −¡Ay, chicas! ¿Tiene amigos? –intervino Vicky, seguramente pensando en la posibilidad de alguna salida en grupo. ¡Nada me aterraba más!
  - -Victoria, contrólate -Electra le pellizcó el antebrazo.
- -Regresemos la atención a nuestra mesa, ¿les parece? Sigamos comiendo, por favor... -le di una mordida a la hamburguesa y disfruté del untuoso queso cheddar deslizándose sobre mi lengua como una caricia-. Mmm, ¡está muy buena!
- -¿Solo estás comiendo o te le estás insinuando al chico de allá atrás? -preguntó Electra, provocando que me atragantara.
- -¡Electra! ¡Contrólate! -Vicky soltó una exagerada reprimenda, en venganza por lo anterior, y se quitó el cabello del hombro, coqueta como siempre-. Sigue mirando... -informó entre dientes-. ¿No vas a mirar? ¿No sientes curiosidad?

-Vicky... -le dije apoyando ceremoniosamente la comida sobre la mesa-. Primero, comeré mi hamburguesa... antes de que se enfríe y empiece a preguntarme si esto es carne de verdad o no. Luego, cuando estemos de salida, te prometo que voy a mirar. Si el chico está interesado, seguirá ahí.

−¡Se te va a escapar! −replicó, como si no hubiera escuchado una palabra. Así era ella.

No respondí, seguir con la conversación era inútil. Ni el sujeto se iba a escapar ni yo estaba de cacería. Solo me alcé de hombros y seguí comiendo. Cuando levanté la vista de mi hamburguesa, descubrí a Electra con una especie de sonrisa en el rostro, una expresión que no usaba tan a menudo. Alzó su mano en invitación y no dudé en "chocar los cinco". Teníamos muchas diferencias, pero las coincidencias eran más importantes... como privilegiar una salida con amigas antes que el coqueteo con un desconocido.

La tensión se esfumó tan rápido como el último novio de Vicky y continuamos conversando de todo un poco y de nada en particular. El tiempo pasaba deprisa cuando estábamos juntas.

-¡Son las tres! Si queremos comprar palomitas de maíz antes del cine, es mejor que empecemos a movernos –Vicky dio un salto que hizo que toda la mesa tambaleara y Electra alcanzó a detener la Coca Cola justo antes de que terminara sobre mi vestido.

-Gracias -sonreí y ella respondió con otro cabezazo.

Crucé el bolsito sobre mi pecho y sostuve la falda de mi vestido antes de ponerme de pie. Cuando alcé la vista, Electra y Vicky miraban en la misma dirección.

Entonces, el sujeto seguía ahí...

Sin darle demasiada trascendencia al asunto, entrelacé mi brazo con el de Vicky e intenté de mantener la vista al frente.



Intenté... pero fallé.

Dos mesas más atrás de dónde habíamos almorzado, había un grupo compuesto por unos cinco chicos... o quizás eran treinta, no podía calcular racionalmente. No podía calcular nada racionalmente. No podía prestar atención a nada más que al chico sentado en la cabecera de la mesa, que estaba *definitivamente* mirando en mi dirección. Y no se preocupaba por disimular.

Era, a falta de una palabra más apropiada, perfecto. Cabello castaño claro, ojos grises como nubes de tormenta e intensos como un relámpago, y rasgos tan hermosos que hasta me daban ganas de llorar. Sus tentadores labios se curvaron en una sonrisa dirigida a ¡mí! Había libros y apuntes desordenados sobre la mesa e inmediatamente los identifiqué como universitarios; razón de más para que me sintiera atraída. Mente y cuerpo en su medida justa.

No hagas nada estúpido, advirtió mi yo racional. Entonces, como si nada estuviera ocurriendo en realidad, respondí a su sonrisa de forma cordial y me aferré al brazo de mi amiga. Hice un enorme esfuerzo por mantener a raya mi revolución interior y me propuse sortear la situación con elegancia. Traducción: caminé como si no me temblaran las rodillas

Por supuesto que no iba a salir airosa, no con la habitual soltura de Vicky, que caminaba a mi lado con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Addddióssss! ¡Vamos al cine, si quieren acompañarnos! -dijo al pasar, contoneando las caderas y hasta dedicándole a los de la mesa un desvergonzado guiño de ojo.

-¡Victoria! -mastiqué entre dientes y, esta vez, fui yo quien le dio el pellizco en el brazo.

Sin girarme a ver la reacción del grupo, aunque sin poder ignorar los aplausos y vítores a la invitación de mi amiga, me solté de su

brazo y seguí caminando con un paso que dejaba a las claras que estaba furiosa.

- –¿Qué? ¡No vas a decirme que no te gusta! ¡Te conozco, te encanta!
- -¡Shh! Vicky, es suficiente -la detuve.
- -¡Vamos! ¡No te hagas la ofendida conmigo! Solo bromeaba...
  -intentó sujetar mi brazo, pero estaba tan molesta que me la saqué de encima sin demasiado decoro.
- -Déjala tranquila, Vicky -le advirtió Electra. Me conocía muy bien. Estaba avergonzada y enojada, mala combinación. Y, en consecuencia, se me habían ido las ganas de ver la película.
- –Está bien, está bien... ¡Son tan aburridas! –Vicky puso los ojos en blanco
- -¿Saben qué? Mejor, vayan ustedes. Iré a dar una vuelta más y regreso a casa -dije, temiendo que los chicos hubieran tomado la invitación en serio.
- –No seas tan melodramática...  $_{\rm i}$ Dije que lo siento! –se excusó Vicky.
- -Está todo bien, de veras. Pero quiero irme a casa -para enfatizar la intención, dejé un beso en la mejilla de Vicky y cabeceé un saludo para Electra.
- −No te vayas enojada, ¡por favor! −rogó Victoria, con las manos juntas.
  - –Dije que está bien. Nos vemos el lunes.

Volví a aferrarme al bolsito y caminé lo más tranquila que pude, sin mirar atrás, deteniéndome en algunos escaparates nada más que para pasar el tiempo. No quería regresar a casa alterada, mi Nona lo iba a notar y me atropellaría a preguntas.

Nunca estuve más agradecida por estar en los últimos meses de clases, ya me estaba cansando de los sorpresivos exabruptos de Vicky.



22

La adoraba, pero de verdad me estaba cansando. Sentía que en algún punto nos estábamos desfasando. El resto madurábamos y ella se quedaba atrás. ¡Por supuesto que me gustaban los chicos! Pero mi etapa "acalorada" había quedado allá por la pubertad. Me alcanzaba con uno que otro beso de Camilo, un amigo y compañero de clase, pero no quería nada con nadie.

Mientras mi cabeza hilaba pensamientos sin obedecer a mi voluntad, terminé en la librería. Pensé que sería una buena idea buscar alguna historieta para Electra, una especie de agradecimiento por el apoyo.

Amaba las librerías. Podía pasarme horas examinando libros que nunca iba a poder comprar. El lugar destinado a las historietas estaba bastante cerca del de la literatura infantil, aunque Electra insistiera en que no eran para niños. Curiosa, me detuve a hojear un enorme libro de cubierta dura con la leyenda *Cuentos clásicos de todos los tiempos* en un brillante e intrincado diseño de letras doradas sobre un rugoso fondo borravino. Los libros de cubierta dura eran mis favoritas; esa era una edición preciosa. Tenía todos mis cuentos favoritos allí: Cenicienta, Blancanieves, La Bella Durmiente... princesas con las que soñaba desde pequeña. Incluso los dibujos del interior resultaban hipnóticos. Un escalofrío me recorrió la espalda al ver al Lobo agazapado, listo para atacar a una desprevenida Caperucita Roja.

-Hay mucho más detrás de los cuentos infantiles de lo que la gente piensa -me sobresalté al escuchar una voz demasiado cerca de mi oído-. Perdón, ¿te asusté?

Para mi sorpresa, descubrí al chico del almuerzo de pie, a mi lado, y con las manos cruzadas detrás de la espalda, estudiando con curiosidad el libro que sostenía en mis manos. Sin poder desprenderme de su mirada, tragué despacio el exceso de saliva y me forcé a desatar el nudo que se había formado en mi garganta.



-No, no me asustaste... -respondí a destiempo.

Regresé la vista al libro y hojeé un poco más, acomodándome el cabello detrás de la oreja. Era una manía que solía aparecer cuando estaba incómoda por algo. Y ese sujeto me incomodaba.

-Te decía que los cuentos infantiles tienen mensajes ocultos, ¿lo sabías? –insistió en conversar, con una sonrisa que hizo que mis rodillas temblaran.

-No, no lo sabía -mentí, solo para mantenerlo hablando. Me sorprendí disfrutando del sonido de su voz y del aroma a café que desprendía su boca.

-Caperucita Roja, por ejemplo –sus dedos regresaron las mismas páginas que yo había adelantado, rozando mi mano en el proceso, para luego detenerse sobre la ilustración de Caperucita y el Lobo—. Era un cuento de transmisión oral, pero Charles Perrault tuvo el tino de publicarlo como propio en 1697. Era una época espantosa para ser niño, desaparecían todo el tiempo. El mensaje oculto no es tan oculto en realidad, ¿no es cierto?

No podía despegar la mirada del atrayente movimiento de sus labios y apenas podía soportar la arritmia en mi pecho.

- -No hables con extraños -murmuré como una tonta.
- -Tienes razón. Es un buen consejo... -sonrió antes de ofrecerme su mano-. Lisandro Echagüe.

Así nada más, consiguió sacarme una sonrisa. ¡Una sonrisa genuina y espontánea! Fue la forma más original en la que alguien se me había acercado jamás. Un poco más distendida, tomé la mano que me ofrecía tan caballerosamente.

- -Lucrecia... Lucrecia Ayala.
- -Un nombre poderoso.
- -Lo odio.



24

- -Me encanta... ¿Qué pasó con tus amigas? -preguntó mientras estudiaba los alrededores.
  - -Se fueron al cine.
  - –¿Y tú?
  - -No me gusta la película -mentí, una vez más.
- -Entonces... solo con el propósito de honrar el sabio consejo de Perrault y dejar de ser dos extraños, ¿tomamos un café?

Me sacó la segunda sonrisa en menos de cinco minutos.

-Gracias, pero no puedo -decliné cortésmente.

Por supuesto que me hubiera encantado tomar un café con Lisandro, pero no era tonta. Estaba fuera de mis posibilidades. Las diferencias eran claras como el agua y resplandecían como luces rojas que alertaban que me alejara. La exquisita ropa que usaba, la perfecta cortesía de sus modos, sin mencionar la evidente diferencia de edad, eran detalles que mi parte racional no podía obviar, bajo ninguna circunstancia. No podría pretender nada con alguien como él, y no sabía qué podía pretender él con alguien como yo.

- -Tengo cosas que hacer, iba de salida -me excusé.
- -Es una lástima -comentó, con una sonrisa que denotaba que podía ver detrás de mi pobre fachada de indiferencia.
  - –Adiós
  - –Adiós

Tratando de no voltear a verlo, sostuve mi bolsito y caminé directo hacia la salida.

Me sentía flotando en una nube. Aunque la interacción había sido breve y casual, la reproducía una y otra vez en mi cabeza mientras buscaba la salida. La sonrisa se negaba a abandonar mis labios.

Quince minutos después, cuando al fin estuve en la calle, el sol me dio de lleno en el rostro. Era un día precioso, en verdad.



## -¡Lucrecia!

Me di vuelta de golpe cuando escuché mi nombre, usando la mano para cubrirme del sol. Sorpresivamente, Lisandro corría en dirección a mí... con el libro en la mano.

- -Olvidaste esto -con delicadeza me entregó el pesado volumen de cuentos y me di cuenta de que estaba empezando a hiperventilar.
  - -Pero... no lo pagué. ¿Te lo llevaste, así nada más?
  - -¿Ves al guardia de seguridad corriendo detrás de mí?
- -No -respondí automáticamente, cerciorándome con un rápido vistazo.
- 26 –Es un regalo.
  - -¡No! ¿Qué? ¿Por qué? -balbuceé, confundida.
  - -Porque quiero que sea tuyo.
  - –Lisandro, no puedo aceptar esto... ¡Ni siquiera acepté tomar un café contigo!
  - -No estoy pidiéndote que retribuyas el regalo. Solo quería que lo tuvieras, nada más.
    - -Pero...
  - -Nada de "peros". Luego me cuentas qué otros mensajes ocultos encontraste; es retribución suficiente para mí. Nos vemos pronto, Lucrecia.

Todavía en shock, lo vi alejarse de regreso al centro comercial, dejándome ahí parada, con el libro entre las manos y un millón de preguntas arremolinándose en mi cerebro; la primera de ellas: "¿Cómo pude haber sido tan estúpida de rechazar un inocente café con el Príncipe Azul?", la segunda: "¿Por qué no estoy corriendo detrás de él para pedirle su número de teléfono?".

Estaba sopesando mis posibilidades cuando vi el autobús detenido en el semáforo. Tendría que correr si quería alcanzarlo.



-¡Mierda! -presioné el libro contra mi pecho y partí rápidamente, directo hacia el autobús.

Después de la corrida, caminaba hacia el final del vehículo, donde un incómodo asiento esperaba por mí. Me dejé caer, todavía un poco agitada, todavía un poco conmovida por el regalo, preguntándome si aquello en verdad había sucedido.

## Lisandro.

Otra involuntaria sonrisa se plantó en mi rostro mientras estudiaba el libro sobre mi regazo. ¿Cómo alguien tan perfecto como él podía haber tenido un gesto tan desinteresado con alguien como yo? Acaricié la lujosa cubierta y abrí el libro con delicadeza.

La tercera sonrisa que Lisandro me sacaba en el día, aun sin estar presente, terminó por convertirse en una risotada histérica que provocó que varios de los ocupantes del autobús me miraran como si estuviera loca. Y probablemente, lo estaba.

Ahí, en la primera página, había un número telefónico junto a un breve mensaje. Ese era el verdadero regalo.

"¿Crees en el amor a primera vista? Espero tu mensaje... Lisandro".

